

## IN MEMORIAM

ILMO. SR. D. VICENTE GOMEZ  
NOVELLA

El día 3 de septiembre último falleció cristianamente en Valencia, a sus ochenta y cinco años, el académico de número Ilmo. señor D. Vicente Gómez Novella, produciendo general duelo entre cuantos le trataron y privando a nuestro instituto de uno de sus más entusiastas y asiduos componentes. Ingresó en la Real Academia el 17 de noviembre de 1946, leyendo en su recepción pública un



Ilmo. Sr. D. Vicente Gómez Novella

trabajo sobre «Hans Holbein (el joven) y su técnica», que fue contestado, en nombre de la Corporación, por el Ilmo. señor D. José Caruana Reig, Barón de San Petrillo. (q. g. h.).

Como bien se escribió a raíz del óbito, era el finado un verdadero capítulo de la historia contemporánea en nuestra ciudad. Artista de múltiples manifestaciones, que es tanto como decir artista por esencia que pugna por exteriorizarse de uno y otro modo; dibujante y pintor, experto en todos los géneros de estas artes, con galardones del más alto nivel nacional, especialmente en exposiciones de arte decorativo, cultivó también, y con singular dignidad estética, la fotografía —que, en sus manos, sí que era siempre realmente artística— en un famoso estudio de la valencianísima calle de la Paz, visitado por reyes y artistas, sabios y gobernantes, en suma, por personas de todas las clases sociales, valencianas, españolas en general y muchas extranjeras, no solo circunstancialmente con ocasión de que Novella obtuviese su efigie, sino muchas de ellas con renovada frecuencia, significativa de cordialidad y admiración al artista, lo que convirtió aquel agradable recinto, pulcramente dispuesto, en verdadero cenáculo estético, donde se vivió una intensa vida social y artística, llena de iniciativas

y realizaciones que influyeron no poco en la ciudad.

Pero Novella fue, como hemos comenzado por señalar, artista plural y estudioso, hábil con lápices y pinceles, que nunca dejó de manejar, como lo prueba un sin fin de obras, algunas de las cuales integraron su última exposición individual en las salas bajas del Museo de Bellas Artes, que reveló a muchos, con cierta sorpresa, los valores creativos de don Vicente como pintor y los méritos de su obra, especialmente en ciertos cuadros breves y bocetos, llenos de bizarría técnica, versando con frecuencia sobre el repertorio más típicamente valenciano de nuestras fiestas, costumbres y devociones, aparte una serie importante de paisajes y marinas de Moraira, en la Marina alicantina. Pero Novella fue también artífice afortunado de obras de mayor empeño cuantitativo, cuales el gran cuadro alegórico que conserva con estima la benemérita Asociación Valenciana de Caridad; el afortunado retrato del ilustre canónigo investigador don Roque Chabás, existente en el Centro de Cultura Valenciana, del que Novella fue conspicuo director de número; el de S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, que preside nuestro paraninfo universitario, sobrio de tonos y de líneas; el bien sentido y resuelto retrato de su madre, que puede admirarse en el Museo de San Carlos, obra «de ingreso» en la Academia; el muy artístico y castizo de la Infanta Isabel con mantilla española; el de su maestro Ignacio Pinazo Camarlench, escrupuloso de factura y logrado de

parecido, y otras dos obras que, por ser las últimas, que sepamos, y por otros diversos motivos, encierran especial interés. Son su «San Ignacio de Loyola» y «El Corazón de Jesús» —éste verdadero «canto de cisne» del maestro— que presidió su capilla ardiente y figuró en los recordatorios funerarios. El «San Ignacio» fue el fruto, costoso y laboriosísimo, de una larga, escrupulosa y en general afortunada, investigación iconográfica de Novella, coincidente con la efemérides del centenario del gran Santo fundador español. Recordamos sus vivos comentarios, llenos de noble pasión, sobre este empeño, su manejo de fuentes literarias y artísticas, sus viajes a Roma, su cotejo de cuantos retratos, más o menos verosímiles, se tienen del Santo, todo lo cual, aunque en resumen forzoso, fue el contenido de cierta interesante conferencia pronunciada por el pintor en el Centro de Cultura Valenciana ante el propio lienzo, inédito y aún oculto hasta entonces, que Novella descubrió por su mano durante el citado acto.

Posteriormente la Academia ha tenido la fortuna de que este cuadro vaya a parar a su patrimonio por la magnanimidad de don Joaquín Gómez-Novella Civera, hijo del finado, y demás descendientes del mismo.

El «Corazón de Jesús» fue creado, más aun con amor e intuición mística que con simple técnica pictórica, con ocasión de cierto certamen de la mayor amplitud, convocado por una entidad religiosa española, en el que sobresalió especialmente, mereciendo una singularísima consideración.



Mas Novella no rehusó, como era de esperar de lo animoso de su espíritu, la gran pintura mural, decorativa, dejando muestra de este género en el paraninfo de la nueva Facultad de Medicina, donde unas «grisallas» colosales, de ritmo amplio y oportunas resonancias miguelangelescas —Buonarroti hizo muchas «anatomías» para sus estudios— resuelven el caso, nada fácil, de llenar aquellos amplios espacios murales sobre el extenso estrado del vasto salón.

Mas como don Vicente Gómez Novella fue, sobre todo y siempre, un caso palpitante de humanismo típico valenciano, con interés universal y desbordante afán comunicativo, presidiéndolo todo la fe de sus mayores, a la que rindió culto sincero, terminemos nuestra evocación con el recuerdo afectuoso y su mejor consecuencia, una piadosa plegaria por que haya visto, al fin, aquella Faz divina que tanto se esforzó por intuir y captar en el último período de su vida.

F. M.<sup>a</sup> G.

## DOÑA MARIA SOROLLA GARCIA

Entre los últimos duelos de la Academia figura el de esta ilustre dama, la sola enunciación de cuyos apellidos evoca algunas de las más puras glorias del arte valenciano y español moderno y aun todo un ambiente local lleno de interés y prestancia, reflejado mágicamente en la cámara de su abuelo, el inolvidable don Antonio García.

María Sorolla había nacido en Madrid el 13 de abril de 1890, mani-

festando muy pronto atisbos de una sensibilidad exquisita, de la que tantas muestras había de dar en su arte y en su vida toda.

De salud precaria y varias veces gravemente enferma transcurrió su vida, al principio, íntimamente ligada a los cuidados constantes de sus padres. Fue, además, la ilusión viva de su padre, el gran pintor, que sólo deseaba verla dedicada íntegramente a la pintura. Sin embargo, no se despertó en María Sorolla una auténtica personalidad artística hasta los dieciséis años, después de superada una larga enfermedad. Durante su convalecencia en El Pardo, empezó a pintar con nuevos ánimos hasta que un día, al ver un minúsculo apunte, don Joaquín exclamó, con lágrimas en los ojos, que María ¡había «visto» el color!

Como quien nace a una nueva vida, María pintó con verdadera pasión desde entonces; apuntes de Valencia, Sagunto y Granada, y abundantes estudios de flores y paisajes del propio jardín de su casa. Acompañó a su padre a Estados Unidos en 1909 y allí realizó un grupo de notas de paisaje urbano, algunos desde los balcones del hotel donde se hospeda, llenos de un interés y una finura sorprendentes.

Al regreso, tras de una fecunda estancia en Granada, donde pinta varias obras, acomete, en el estudio de su padre, lienzos de figura de mayor empeño. Un «Labrador Valenciano» y una «Labradora» tienen fecha 1912, año en el que también se ocupa en otros numerosos lienzos de figuras.



El 7 de septiembre de 1914 casó en Jaca con el pintor valenciano Francisco Pons Arnau, celebrándose la boda allí porque entonces realizaba Sorolla en esta ciudad su «panneau» de Aragón para la «Hispanic Society».

Desde su matrimonio, el nuevo hogar está presidido aún más, si cabe, y en todo momento, por los problemas del arte. María, con intuición y sensibilidad notables colabora con su marido —al que anima y aconseja— con acierto que él valora siempre.

Las obligaciones del hogar, especialmente su preocupación por el cuidado del hijo, nacido en febrero de 1917, limitan en cantidad su labor pictórica, pero parece acumular en cada cuadro, de los pocos que entonces realiza, todo su poder de captación del ambiente y del matiz, que llega a registrar de modo exquisito.

En 1923 pinta un retrato de su hijo, «Quiquet entre hortensias», resuelto bellamente en ocre con fondo de rosas. De 1925 es la «Chula», pintada en el hoy Museo Sorolla, fino acorde de violetas y verdes salpicados por los oros del sol, que puede ahora admirarse en Valencia, desde la entrega, por su hijo, de esta obra a la Academia de San Carlos.

La escala ascendente de su visión personalísima se jalona por obras como «La niña del conejo», de 1929; «Figura en contraluz», de 1930; «Rosas», de 1935, quizás su obra fundamental, y un extraordinario estudio de tema religioso «La virgen románica», en un semi-interior cruzado por el sol, ya de fecha 1949.

La muerte de Pons Arnau, entra-



Ilma. Sra. D.<sup>a</sup> María Sorolla García

ñable compañero y firme apoyo en su vida y su arte, es un golpe tan rudo que parece va a cortar definitivamente su labor artística. Mas la vocación se impone de nuevo y ahora, animada por la presencia de sus nietos, vuelve a pintar. Un bellissimo apunte, pintado en la ría de Arosa durante el estío de 1954, abre la última etapa de su obra; le sigue el retrato de su nieto Paco, del mismo año, y tres apuntes exquisitos hechos en Valencia en el verano siguiente. Su última obra es el retrato de su nieta María Blanca, al aire libre, terminado en el otoño de 1955, medio año antes de morir.

María Sorolla concibió su arte como puro goce y deseo de plasmar en el lienzo una sensibilidad singular.



Por ello, su órbita es esencialmente íntima y nunca pretende la exhibición. Participó, sin embargo, en diversas exposiciones en Valencia, París y Madrid, realizando en la capital de España en 1926 una exposición personal en unión de su hermana Elena, que aportó un interesante conjunto escultórico. Recordamos su envío a la interesante exposición de pintoras realizada en «Lo Rat Penat» hace algunos años, y, con tal motivo y el de la gran exposición homenaje a Sorolla en el Ayuntamiento de Valencia, en mayo de 1944, su cariño a esta ciudad y a todo lo valenciano, como a la Academia, que se honró en tenerla como miembro suyo, y a la que renovaba, como Pons Arnau mientras vivió, su cordial estima en todos sus viajes y con ocasión de cualquier encuentro con los amigos de esta tierra y los innumerables admiradores de la gloria de su apellido.

Falleció cristianamente, rodeada de sus hijos y nietos, el 19 de junio de 1956.

F.

#### DON ENRIQUE ROMERO DE TORRES

La distancia no pudo amenguar lo que el afecto y la coincidencia vocacional, y la predilección en los sentimientos compartidos, hicieron afín y acorde. Así, la muerte de don Enrique Romero de Torres, correspondiente de «San Carlos» en Córdoba y director honorario del Museo de la simpar ciudad andaluza, fue para nuestra Academia motivo de sincerísima condolencia y de renovar la

admiración, tan justa, que merecieron entre nosotros sus excepcionales merecimientos en el terreno de las artes plásticas, mejor conocidos aquí desde su nombramiento y el consiguiente registro y comentario de sus innumerables y siempre beneméritas actividades en el terreno de la defensa del arte, de su estudio y aún de su práctica, pues don Enrique Romero de Torres fue también pintor laureado, en las «Nacionales» de 1901 y 1904, entre otros certámenes, y autor de muy estimables cuadros de tema diverso.

Pero, con ser importante en su personalidad esta faceta de su arte, y aún el arranque de tantas otras de sus actividades, el finado legaba al morir, a su Córdoba natal y amadísimas —en 21 de mayo de 1956, ya impreso el número anterior de ARCHIVO— un tesoro mucho más rico, como que era el mismo patrimonio monumental y típico, pintoresco y pictórico, museado y disperso, bibliográfico y documental, de la ciudad de la Mezquita y del Arcángel, cuyas torres todas, por ello, en el entierro de nuestro correspondiente, ostentaron crespones negros, pues, como entonces se escribiera «hasta las piedras milenarias lloraban la muerte del que las había defendido». La ciudad entera, con el Ayuntamiento bajo mazas, acompañó a sus restos a la sepultura y el vacío dejado por él se tuvo y se tiene como irreparable en la, severa y sensible a un tiempo, tierra cordobesa.

Porque el finado, cuya labor no puede apenas resumirse aquí, había hecho por el arte, allá, todo eso que



puede desearse, como uno de los mejores beneficios para una ciudad o una comarca, y que a menudo echamos de menos: descubrir y restaurar, promover y fomentar, defender y cuidar e instalar y mejorar, con la palabra, con la influencia y con el prestigio de su apellido, con la pluma, con los viajes y molestias sin cuento, con el trabajo e, incluso, con la paciencia, por las incomprensiones que nunca faltan en estas empresas...

Había nacido en Córdoba el 21 de enero de 1874, estudiado en Madrid y pronto, vuelto a su tierra, desempeñó en ella la dirección del Museo, que le debió importantes mejoras de instalación y grandes acrecimientos, lo que simultaneó con la enseñanza artística, el periodismo de temas de arte y la misma práctica de la pintura, aparte de pronunciar innumerables conferencias sobre diversos temas en Córdoba, en Madrid y otros lugares.

En la esfera bibliográfica, es autor del «Catálogo Monumental de la provincia de Cádiz»; del, inédito, de la de Jaén; del «Catálogo ilustrado de la Exposición de Valdés Leal» (1916), del de la de Guadameciles (1924) y de innumerables folletos, monografías y artículos sobre los temas de su predilección y estudio, cuya referencia detallada llenaría varias páginas de esta revista.

Puede decirse que no hay rincón ni detalle en el mapa urbano y provincial de Córdoba que no le deba esenciales aportaciones y empeñadas y eficaces defensas, por lo que, en cierto modo, tuvo Enrique Romero de Torres mucha parte en el perfil



Ilmo. Sr. D. Enrique Romero de Torres.

actual, sabiamente conservado, de aquella ciudad maravillosa.

Académico de la Historia, de San Fernando, de Santa Isabel de Hungría y de la de Buenas Letras de Sevilla, honró a esta de San Carlos siendo su correspondiente en Córdoba, distinción que demostró apreciar en grado sumo.

Ultimamente había recibido la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, impuesta meses antes de morir por el entonces Ministro señor Conde de Vallellano, en acto solemnísimo, del que se hizo eco la prensa nacional.

Su muerte —tal como su vida— fue la de un creyente que había sabido hacer buen uso de los talentos excepcionales con que el Señor le había distinguido y emplearlos en



muy altas empresas con general beneficio. El habrá, sin duda, recompensado sus desvelos, como aquí le fue rendido el cariñoso homenaje de paisanos, admiradores y amigos.

#### DON ENRIQUE VERA SALES

Este laureado artista del paisaje, Académico correspondiente en Toledo de la Real de San Carlos, falleció en noviembre último, en la imperial ciudad donde había nacido en 1886.

Autor de numerosas y celebradas obras que reflejaban, con vigor y delicadeza a un tiempo, todos los aspectos de aquella tierra llena de historia y de interés plástico, había llevado también, al lienzo, con semejante fortuna, las bellezas naturales del suelo segoviano y las de otros puntos de España, así como del extranjero, especialmente Portugal y el centro de Europa. Sobresalió también en la ilustración, y profesó largos años la enseñanza en la Escuela de Artes y Oficios de Toledo.

#### DON JUAN JOSE BARREIRA

Tuvo la Real Academia de San Carlos como propia la pérdida del que fue distinguido pintor don Juan José

Barreira Polo, ocurrida en nuestra ciudad recientemente, con general sentimiento y entre el buen recuerdo de su muy estimada labor artística, de la que últimamente estaba alejado por los achaques de su salud.

Dibujante fácil y poseedor de un gran sentido de la composición, había practicado, con igual fortuna, muchos aspectos del arte pictórico y decorativo, sobresaliendo en sus inspiradas ilustraciones y en la interpretación feliz, podría decirse que madrigalesca, de los proverbiales encantos de la mujer valenciana, musa de sus mejores y más difundidas creaciones.

Perteneciente a una generación artística valenciana propicia a entusiasmos e iniciativas, que todo lo veía a través del arte, y que entendía éste como una manera de vivir, su cooperación y su asistencia nunca faltaron a cuantas empresas generosas le requirieron y en todo movimiento que tendiese a agrupar y defender a la grey artística; especialmente en el Círculo de Bellas Artes de Valencia, cuya restauración alentó especialmente, era una «institución» estimada e insustituible, tanto por sus virtudes sociales y humanas como por sus bien reconocidos méritos artísticos.

G.

¡ Descansen en paz !